





SECRETOS

DE LA

HISTORIA

3

A



SECRETOS

DE LA

HISTORIA

3

Stéphane Bern

Bern, Stéphane

Secretos de la historia 3. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2014.
272 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Marcos Mayer
ISBN 978-950-02-0784-3

1. Historia Universal. I. Mayer, Marcos, trad. II. Título.
CDD 909

Secretos de la Historia 3
Stéphane Bern

Traductor: Marcos Mayer
Título original: Secrets d'histoire 3
© Éditions Albin Michel, 2012

Diseño de tapa: Claudia Solari
Diseño de interiores: María Isabel Barutti

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina
© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2014
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires – Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199
E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: abril de 2014

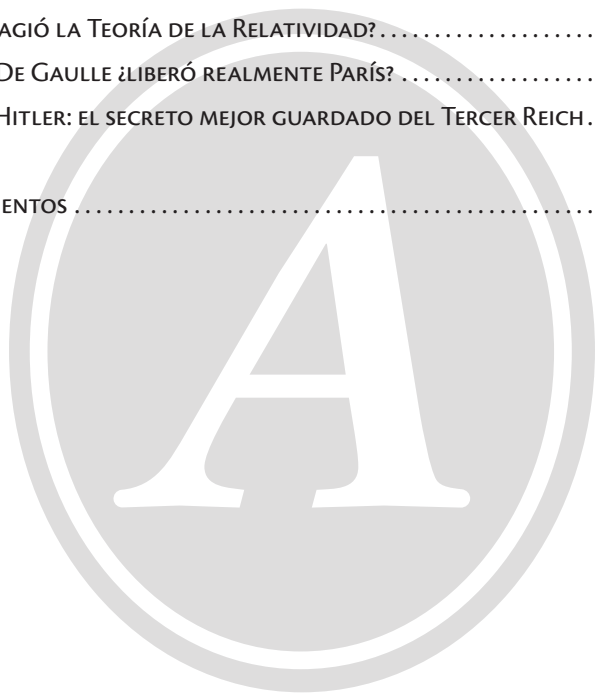
ISBN 978-950-02-0784-3

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
EL LOUVRE A TRAVÉS DE LA HISTORIA.....	13
¿QUÉ OCURRIÓ CON EL FABULOSO TESORO DE BLANCA DE CASTILLA?	25
CARLOS VI: PÁNICO EN EL BAILE DE LOS ARDIENTES	33
EL SANTO GRIAL: ¿MITO O REALIDAD?.....	41
ISABEL LA CATÓLICA: ¿SANTA O DEMONIO?.....	51
SOLIMÁN EL MAGNÍFICO: ¿DERROTADO POR EL AMOR?.....	59
¿QUÉ ESCONDE EL TECHO DE LA CAPILLA SIXTINA?.....	67
SHAKESPEARE: ¿UNA IMPOSTURA LITERARIA?	75
¿QUIÉN ENVENENÓ A GABRIELLE D'ESTRÉES?	83
LA EPOPEYA DE LOS CONCINI, TRAIADORES EN LA CORTE DE MARÍA DE MÉDICIS	91
MIGUEL ROMANOV: ¿UN ZAR BAJO INFLUENCIA?.....	99
EL TAJ MAHAL, ¿HA SIDO VERDADERAMENTE CONSTRUIDO POR AMOR?	107
WU ZETIAN, EL SORPRENDENTE CAMINO DE UNA CONCUBINA	
CONVERTIDA EN EMPERATRIZ DE LA CHINA	115
CRISTINA DE SUECIA: ¿REINA ESCANDALOSA?	123
LUIS XIV: ¿REY DE LAS TINIEBLAS?	131
MARÍA LECZINSKA: ¿REINA AMADA O HUMILLADA?	139
FEDERICO EL GRANDE: ¿FINO ESTRATEGA O DÉSPOTA?	147
SI LAS PAREDES DEL PALACIO DEL ELÍSEO PUDIERAN HABLAR.....	153
MARÍA CAROLINA: ¿UN REY CON FALDAS EN LA CORTE DE NÁPOLES?	163
¿TALLEYRAND ERA UN OPORTUNISTA?	171
LA EXTRAÑA MUERTE DE ALEJANDRO I, ZAR DE RUSIA.....	181

VÍCTOR HUGO: ¿EL EXILIO A CAMBIO DE LA GLORIA?	189
LA MUERTE DE LA DUQUESA DE CHOISEUL-PRASLIN, ¿PRECIPITÓ LA CAÍDA DE LA MONARQUÍA?	197
EL DUQUE DE AUMALE: ¿EL MAGO DE CHANTILLY?	205
¿FUE ASESINADO VAN GOGH?	213
PANCHO VILLA: ¿REVOLUCIONARIO O BANDIDO?.....	223
¿EXISTIÓ UN COMLOT CONTRA LA TORRE EIFFEL?	231
¿EINSTEIN PLAGIÓ LA TEORÍA DE LA RELATIVIDAD?	241
EL GENERAL DE GAULLE ¿LIBERÓ REALMENTE PARÍS?	249
EVA BRAUN HITLER: EL SECRETO MEJOR GUARDADO DEL TERCER REICH.....	257
AGRADECIMIENTOS	265



PRÓLOGO

¿Está recuperando fuerza la historia en estos tiempos turbulentos? El éxito de los dos tomos anteriores de *Secretos de la Historia* terminó de convencerme sobre el interés del público por la historia, que se muestra aún mayor cuando nuestro mundo está pasando por una profunda crisis económica, social y moral que pone en cuestión las viejas identidades. Al modo de una gran ola, la tempestad nos empuja, en un movimiento de reflujo, a buscar un refugio, un lugar seguro en nuestro pasado en común.

La crisis europea se encuentra encarnada por grises burócratas, cuyas leyes y reglamentos resultan incomprensibles para la gran mayoría de sus ciudadanos. Por cierto, la historia trae aún el eco de las guerras, las conquistas o los sobresaltos de los que ese continente fue testigo, pero la visión europea fue ante todo una aventura excitante y humana pues, siguiendo los pasos de una Cristina de Suecia, de una María Carolina de Nápoles y de un Talleyrand, se trataba de política y de intercambios económicos, pero también de arte, de cultura e incluso de gastronomía.

La historia es rica en enseñanzas y los acontecimientos de ayer echan luz sobre los de hoy. Me gusta repetir ante las nuevas generaciones que la enseñanza de la Historia puede no ser a veces valorada, pero un pueblo que no sabe de dónde viene tampoco sabe adónde va. Y, peor aún, si desconoce el pasado, se condena a revivir incansablemente sus

episodios más oscuros. Un ciudadano responsable no debería saltarse ninguna página de nuestra historia.

Francia, por ejemplo, se ha desarrollado a lo largo de los siglos, gobernada por reyes, pero enriquecida por la voluntad popular y la herencia compleja de la Revolución francesa –a la que no se le pueden perdonar las dolorosas páginas del Terror sanguinario– y que se ha continuado a través de los regímenes monárquico, imperial o republicano. Nadie debe sentirse excluido. La historia es un formidable vector de integración que confiere el sentimiento de pertenencia a una misma nación.

La historia suele ser motivo de controversias. Pertenecer a las ciencias humanas y por ello no puede aspirar a una única verdad, pero en eso reside también su valor. En tiempos de paz no se leen de la misma manera las biografías de Luis XIV, de Catalina de Rusia o de Federico de Prusia. También es difícil no ver correspondencias entre las épocas. Recordemos, en este momento en que Turquía golpea a las puertas de Europa, que Solimán el Magnífico fue aliado del rey de Francia Francisco I. ¿Y cómo olvidarse de Isabel la Católica cuando la intolerancia religiosa adquiere nuevos y temibles aspectos?

Secretos de la Historia 3 no busca emitir juicios, y menos llevar al estrado a quienes han escrito con letras de sangre muchas páginas de la historia universal. Se trata en realidad, al menos para mí, de compartir la pasión por los enigmas, misterios y secretos que, desde mi adolescencia, han alimentado mi imaginación y han hecho nacer mi amor por la historia. Más que las novelas, la historia ofrece un campo muy vasto para investigar a quien le interese la gran aventura de la humanidad. Las grandes pasiones de nuestros semejantes se exacerban por el ejercicio del poder, y esas pasiones no han cambiado a lo largo de los siglos. Las hallaremos presentes en las páginas que siguen como motores de la acción, instrumento, justificación o razón secreta: la sed de poder, el sueño

de conquistas, el amor o un ardiente deseo, la aspiración a la riqueza o a la gloria, la fe religiosa. Otros, por su parte, han actuado impulsados por un fuerte sentido del deber, de defensa de las libertades públicas e individuales y del amor a su patria. El relato de sus proezas me ha despertado siempre fuertes emociones y me ha transmitido un extraño estremecimiento que me ha llevado a creer que ninguno de nosotros debería sentirse excluido de esa aventura común. ¡Cada uno de nosotros participa de la historia de todos!

STÉPHANE BERN





EL LOUVRE A TRAVÉS DE LA HISTORIA

La noche del 23 al 24 de mayo de 1871 en París resulta terrorífica. Hacia la medianoche salta el domo de las Tullerías y las llamas rodean el palacio, cuyas paredes y pisos han sido rociados con combustible por una treintena de comuneros. El fuego corre por los techos, se propaga por los salones y es contemplado con angustia por los antiguos funcionarios y el conservador del museo, Barbet de Jouy, refugiados detrás de las ventanas del viejo Louvre contiguo. Solo han podido acopiar cubos de agua y cerrar los pestillos del patio para impedir la entrada de los insurgentes.

En la madrugada, un comandante de los federados, Martian de Bernardy de Sigoyer, toma la iniciativa de disparar hacia los insurgentes que se hallaban en el patio del Carrousel. Ubica sobre el techo de la Gran Galería, que une las Tullerías con el Louvre, una compañía de soldados armados con picos para derrumbar el tejado, mientras que los demás hacen una hilera de cubos con agua para combatir las llamas. Hay que impedir la propagación del fuego a toda costa.

Para el mediodía, el incendio está controlado. El palacio de las Tullerías está completamente devastado, pero el Louvre se ha salvado milagrosamente. No solo sus preciosas colecciones, sino también siglos de historia. Antes de transformarse en museo, el Louvre fue una fortaleza, un palacio cuyos muros fueron testigos privilegiados de un gran número de acontecimientos. Si el Louvre pudiera hablar...

En el comienzo, el Louvre es un fuerte, una construcción encargada por el rey Felipe II de Francia alrededor de 1190 para proteger París de las pretensiones del rey de Inglaterra, quien es también duque de Normandía: resulta entonces un sólido torreón rodeado de una muralla, flanqueado por diez torres redondeadas, que permiten controlar todo el curso del río Sena. El rey hace del torreón también un arsenal, además de una caja fuerte para sus archivos y objetos de valor y de una prisión. El Louvre se inaugura en 1214 con el encarcelamiento de Ferrand, conde de Flandes, al que Felipe II había vencido en la batalla de Bouvines, una de las más importantes victorias de la historia de Francia. El rey decide ofrecer a los parisinos el espectáculo de una entrada triunfal: el conde es arrastrado cargado de cadenas y enjaulado, sobre el carruaje arrebatado al emperador Otón de Brunswick en el campo de batalla. La multitud se apretuja en las calles estrechas para verlo pasar y entona: “Cuatro caballos grises encadenados / arrastran a Ferrand bien encadenado”.

Encerrado en los calabozos del Louvre, el conde permanecerá allí hasta la suspensión de su condena, en 1227. Otros condes de Flandes lo siguieron allí además de ilustres personajes, como Enguerrand de Coucy, quien, bajo san Luis, hizo encerrar sin juicio a tres adolescentes descubiertos mientras cazaban en sus tierras, o Jean de Monfort, que, a comienzos de la Guerra de los Cien Años, rindió homenaje al rey de Inglaterra. Culpable también de traición, el conde de Guines fue decapitado allí en secreto en 1350. Tal vez de ese caso provenga el sombrío rumor de que los soberanos hacían desaparecer discretamente en los calabozos del Louvre a aquellos de quienes querían desembarazarse...

El 18 de abril de 1358, mientras que el rey francés Juan el Bueno es derrotado en Poitiers y apresado por los ingleses, el Louvre conoce su primera insurrección popular. En ausencia del delfín, es decir, del primogénito del rey de Francia, el alcalde de París, Étienne Marcel, ingresa

allí y distribuye entre los burgueses y el pueblo, los picos y ballestas que se hallan en el lugar. Luego, siendo alcalde de París por un año, dirige la ampliación de las fortificaciones pues la muralla había quedado dentro de la ciudad. Alrededor del Louvre y sus dependencias, los artesanos construyen nuevas habitaciones para los grandes señores atraídos por la vecindad con la corte. La antigua fortaleza ha perdido su valor militar. Será muy pronto reemplazada por la Bastilla y luego conocerá, bajo la influencia del rey Carlos V de Francia, sus mayores transformaciones. Convertido en sede de la realeza, el Louvre se amplía y se embellece. Sus fachadas exteriores, que muestran las miniaturas *Las muy ricas horas del duque de Berry*, se abren ahora en grandes ventanales. Como buen rey culto, Carlos V hace instalar en tres pisos, en una de las torres laterales, una parte de su amplísima biblioteca. Allí los libros se conservan con cuidado y, con la finalidad de que se pueda trabajar allí a cualquier hora, una lámpara y treinta pequeños candelabros, encendidos cada noche, cuelgan de la bóveda. Con orgullo, el rey invita a su palacio al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Carlos IV y le ofrece un suculento banquete en 1377.

Lamentablemente, durante el reinado de Carlos VI –marcado por sus ataques de locura–, la guerra civil y la Guerra de los Cien Años devastan la capital, ocupada durante dieciséis años por los ingleses. Es un período funesto para el Louvre, que se ve despojado de sus riquezas y sus manuscritos, los últimos de los cuales son sustraídos a su partida por el regente inglés, el duque de Bedford. Carlos VII y sus sucesores ya no residen en París, sino en sus castillos de Touraine y de Berry. Por un tiempo, el Louvre vuelve a ser prisión y arsenal, y los bellos jardines de Carlos V degeneran rápidamente en corrales.

Habrá que esperar más de un siglo para su primer renacimiento, cuando el rey Francisco I lo rehabilita marcando claramente su voluntad de un acercamiento con París. En efecto, al regresar de Madrid, donde

estuvo prisionero, decide destruir el viejo Louvre del rey Carlos V de Francia y erigir en su lugar un castillo completamente nuevo. Ordena que se demuela el viejo torreón, que se llenen los fosos y se derrumben las torrecillas para despejar la visión del Sena. Es en 1540 cuando recibe allí al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Carlos V, con fastos en los cuartos totalmente redecorados y embellecidos. Jamás se había desplegado tanto lujo. La cámara del emperador está revestida de paños dorados decorados con águilas, el lecho es de terciopelo carmesí, bordado de hojas cubiertas de perlas y piedras preciosas. Las paredes de la gran sala donde se celebran los festines están cubiertas de soberbios tapices; se preparan allí grandes banquetes, servidos en vajilla de oro y de plata. Será la última fiesta ofrecida en el castillo medieval, pero sobrepasará en brillo a todas las demás.

En 1546 comienzan los trabajos de ampliación de acuerdo con los planos de Pierre Lescot, que serán interrumpidos por la muerte del rey Francisco I al año siguiente y luego retomados por su sucesor Enrique II. El principal de los nuevos arreglos es la gran sala en planta baja que puede desde entonces abrigar los fastos de la corte: la sala de las Cariátides. Es inaugurada en 1558 para las bodas de Claudia, la hija del rey, con el duque de Lorena, y luego las del delfín con la reina de Escocia, María Estuardo, que se viste para la ocasión con un manto cuya cola tiene doce metros de largo. La muerte de Enrique II tiene como consecuencia el traslado de la familia real al Louvre: su viuda, Catalina de Médicis, se rehúsa a permanecer en el hotel de las Tournelles donde falleció su marido. También retoma los trabajos de restauración del palacio. Pero no aguanta por mucho tiempo su tamaño exiguo y el ruido de la ciudad cercana: en 1563 adquiere un terreno en el que inicia enseguida la construcción de un nuevo edificio.

El 18 de agosto de 1572 se celebra en el Louvre el matrimonio entre Margarita de Valois y Enrique de Navarra, el futuro rey de Francia

Enrique IV. Se dice que jamás se ha desplegado allí tanto lujo. Pero las fiestas, las comedias italianas, las mascaradas, los bailes ofrecidos en la gran sala están apenas terminados cuando comienza el drama. El 23 de agosto, el rey Carlos IX se entera de las tentativas de asesinato de las cuales ha sido víctima, en la víspera, el almirante protestante Coligny. Una reunión del consejo de íntimos tuvo enseguida lugar en el Louvre: solo las viejas paredes saben qué se decidió entonces. Pero, durante la noche, comienza la tristemente célebre masacre de San Bartolomé: los nobles protestantes son arrancados del palacio y asesinados en las calles lindantes. Sus cadáveres son amontonados en el patio o delante de las puertas del Louvre. El propio Carlos IX habría disparado desde su ventana a quienes intentaban escapar atravesando el Sena. Enrique de Navarra, refugiado en la cama de su esposa, será uno de los pocos que logre escapar. Sin duda, fue el acontecimiento más terrible que conoció el Louvre.

Bajo el reinado de Enrique III, sospechado de haber querido proteger a los protestantes, se suceden fiestas y alarmas en el palacio. Sus bailes son célebres en toda Europa, pero el miedo sigue reinando: se vuelve necesario levantar los puentes levadizos y reforzar las guardias. Todas esas precauciones se revelan inútiles, pues París se subleva en 1588, durante las jornadas de las barricadas. Refugiado en el Louvre, donde creía poder desafiar a los seguidores del duque de Guise y a los parisinos, el rey cuenta solo con el recurso de la huida. Sale tranquilamente, a pie, fingiendo que se va de paseo, mientras que Catalina de Médicis tiene entretenido al duque de Guise. Dos caballos ensillados lo esperan en los nuevos jardines de las Tullerías. No regresará jamás: el 1º de agosto de 1589 es apuñalado en Saint-Cloud, y comienzan nuevas disputas. En el propio partido católico, el duque de Mayenne, que pretendía el reinado, hace arrestar en mayo de 1591 a cuatro de sus más feroces oponentes del Consejo de los Dieciséis, que administra los dieciséis barrios de la capital.

Los burgueses parisinos terminan por cansarse de esas disputas y de ver cadáveres balanceándose en las puertas del Louvre. Cuando Enrique IV, convertido al catolicismo, entra a París en marzo de 1594, es bien recibido y esa misma noche, tras la misa en Notre-Dame, lo espera una cena en el Louvre como si se hubiese ido el día anterior...

Para 1594, Enrique IV, al mismo tiempo que se ocupa en persona de las cuestiones políticas, pone en marcha un ambicioso plan al que denomina el "Gran Proyecto", para ampliar el Louvre y unirlo a las Tullerías, que comienza por la construcción de la Gran Galería, llamada también galería de la Orilla del agua. Sin embargo, no permanecerá mucho tiempo en el palacio. Será sobre todo la reina, María de Médicis, quien le restablezca el brillo perdido. Cuando llega, una tarde de 1601, pocos días después de su matrimonio, no encuentra ninguna luz para alumbrarse: por todos lados, solo oscuridad y soledad, además de los viejos muebles a los que considera una mala broma. En 1610, el asesinato del rey suspenderá brutalmente el Gran Proyecto. El 14 de mayo, el rey besa rápidamente a la reina y le dice: "No haré sino ir y venir". Un cuarto de hora después regresa gravemente herido. Enrique IV será el único rey de Francia que morirá en el Louvre, que se viste para la ocasión con señales de duelo. En la sala de las Cariátides, su efigie –una figura de cera vestida como lo hacía el rey– es expuesta sobre un lecho cubierto de mantos y rodeado de cirios. Permanece allí once días, durante los cuales todo el pueblo de París va a rendirle homenaje.

Luis XIII se aloja desde los nueve años en el Louvre, donde se divierte, como todos los niños, con los escuadrones de pequeños soldados de plomo y las estatuillas de loza adquiridos en la feria de Saint-Germain. En 1617, asiste desde su ventana al asesinato de Concino Concini, como habremos de contar en otro capítulo. No es hasta 1625 que retoma el Gran Proyecto de su padre, que confía al arquitecto Jacques Lemercier. Este ha construido el pabellón del Reloj, mientras que la decoración de

la Gran Galería fue encargada a Poussin. Luego el proyecto es continuado por el joven Luis XIV y por Mazarino, que intentan arreglar el Louvre para convertirlo en la más prestigiosa de las residencias reales. El arquitecto Le Vau hace derrumbar el ala oriental, último vestigio de los tiempos medievales, duplica la extensión del ala sur y eleva sobre el Sena una fachada adornada de columnas corintias. El 6 de febrero de 1661, tras haber trabajado hasta tarde en la noche, un obrero se queda dormido, dejando caer al descuido una antorcha encendida cerca de las planchas. El fuego se extiende lentamente sin lograr despertarlo y no estalla hasta las nueve de la mañana. El estado de alarma se lanza cuando el humo ya ha alcanzado las habitaciones de Luis XIV, quien se lanza desesperado a avisarle a Mazarino. Se alcanzan cubos de agua, se abre una brecha en la entrada de la Gran Galería en un desesperado intento por detener el fuego. Todo es en vano, hasta que se produce un milagro: el viento cambia de dirección y las llamas se detienen. Sin embargo, la parte superior de la Pequeña Galería queda destruida, pero será reconstruida de manera más amplia que la anterior.

En 1665, Luis XIV toma la iniciativa de hacer construir en el Louvre la gran columna que adorna la fachada que da a la ciudad, pero un año después parte a instalarse en Versalles. Se ha terminado la “carrera real” del viejo palacio.

El Louvre queda prontamente abandonado, pese a que nada se ha terminado, ni siquiera se han cubierto las vigas. A partir de 1692 es ocupado por academias de pintura, de escultura, de arquitectura, de política y de ciencias; se transforma también en alojamiento para artistas que hacen a su antojo y lo van deteriorando poco a poco. La única que no queda completamente abandonada es la Gran Galería. Desde sus ventanales se disfruta de una vista admirable del Sena, sobre todo cuando, en algunas circunstancias excepcionales, se realizan torneos. Se ve entonces a los descargadores vestidos de blanco, montados sobre

barcas blancas o azules, como flores de lis, buscando voltearse con sus lanzas desafiantes. Llegada la noche, las barcas se reúnen y lanzan ramilletes de fuegos de artificio. Tan pronto se lanza la última bengala, el Louvre regresa a la oscuridad. Su última ocupante ilustre será la pequeña infanta María Ana Victoria de Borbón, prometida al delfín, quien a su llegada, en 1722, no ha cumplido aún los cuatro años. Pasará cinco años alegrando el viejo y melancólico palacio y el “jardín de infantes” con sus juegos y risas, antes de ser reenviada finalmente a su casa.

Es el marqués de Marigny, hermano de la marquesa de Pompadour, superintendente de edificios, quien, en 1768, tiene la idea de insuflar al Louvre un segundo aliento: desea construir allí un museo con las colecciones reales. En 1776, la idea es retomada por su sucesor, el conde de Angiviller, pero habrá que esperar hasta 1792 para que se concrete. El Louvre se halla en tan lamentable estado que es ignorado por la Revolución. El patio es una molestia para las casas. Aunque el museo se inaugura allí el 18 de noviembre de 1793, muy pronto se lo cierra para repararlo y también para acondicionar las nuevas salas dignas de recibir las obras maestras que traen los ejércitos victoriosos. La verdadera inauguración tiene lugar el 9 de noviembre de 1800, en presencia de Bonaparte y Josefina. Un cambio radical que será seguido, en 1806, por la decidida voluntad de crear espacios libres: Napoleón hará desalojar a los artistas de la Gran Galería y destruir las ruinas del patio. En 1810 se retoma el Gran Proyecto, según la idea de unir al Louvre con las Tullerías. Se construye el ala que bordea la rue de Rivoli y, apenas terminada, se decide que la boda de Napoleón con María Luisa de Austria tenga lugar allí: el 2 de abril de 1810, el cortejo nupcial se traslada de las Tullerías al gran salón convertido en capilla, pasando por la Gran Galería. Uno de los espectáculos más bellos que haya contemplado el Louvre: la galería, bañada por el sol, ha sido preparada para

la ocasión con taburetes a ambos lados y se distribuyeron ocho mil billetes de acceso.

Llega a transformarse en el museo más bello del mundo, rico en obras maestras flamencas e italianas, pero también antiguas: Luis XVIII hace ingresar la célebre *Venus de Milo*, que le fue ofrecida por su embajador en Constantinopla. Cuando estalla la revolución de 1830, de las clases medias y populares contra el gobierno autocrático del rey Carlos X, el Louvre es testigo de varios intercambios de disparos. Al grito de “¡El Louvre ha sido tomado!”, el pueblo derriba las puertas a golpes de hacha y se instala en todas las galerías. Jamás ha corrido el museo semejantes riesgos, pero, felizmente, las colecciones quedan a salvo. Recuperada la calma, son los salones que quedan en 1848 los que forman la actualidad del Louvre; es el tiempo de las obras de Delacroix, de Ingres, de Vernet... En 1848, se prepara el armado del salón, cuando estalla la nueva revolución, pero alcanza con escribir “Respeto a las artes” sobre las paredes para alejar, por primera vez, a los revolucionarios. La noche siguiente, una multitud exaltada invade nuevamente el palacio con antorchas encendidas. La estatua del duque de Orleans que se encuentra allí agita su cólera, pero es salvada a último momento por el efímero director de Museos Nacionales, el republicano Auguste Jeanron, que la hace desarmar y retirar. Experimentará aún ciertos espantos cuando una brigada de guardias nacionales se instale para acampar en la sala de las esculturas antiguas: algunos no pueden evitar escribir sus nombres sobre las estatuas y cubrirlas con sus uniformes, otros se acuestan dentro de los sarcófagos o usan los vasos griegos para servirse la bebida.

Desde 1852, el nuevo emperador Napoleón III confía a Louis Visconti la tarea de emprender finalmente los trabajos de unión del Louvre con las Tullerías. Paralelamente, el conde de Nieuwerkerke es nombrado director de Museos Nacionales en reemplazo de Jeanron. En el ambiente lujoso de su despacho, recibe a toda la elite artística y social de la capital

durante sus célebres “viernes del Louvre”. Aunque la política está oficialmente prohibida en las conversaciones, esas reuniones juegan un papel político nada despreciable. A veces logran reunir entre doscientos y cuatrocientos invitados, “una verdadera tropilla de celebridades”, según el escritor Théophile Gautier, en la que se mezclan artistas y altos funcionarios como el barón Haussmann. Napoleón III ha expresado el deseo de que el Louvre sea terminado en cinco años. Cumplido ese plazo se inauguran las nuevas instalaciones en agosto de 1857. El museo se ha enriquecido y ampliado de manera considerable. Pero el Segundo Imperio se hunde por la derrota ante Prusia y, en agosto de 1870, París resulta amenazada. Los encargados del museo embalan entonces seiscientos cuadros de los más valiosos para enviarlos a Brest, donde son embarcados en un navío que estaba preparado para partir hacia los Estados Unidos. La *Venus de Milo* queda resguardada en un sótano de la prefectura de policía. Cuando los alemanes entran en París, el 2 de marzo de 1871, Bismarck va a visitar el Louvre acompañado de varios oficiales: en las galerías de cuadros solo quedan los marcos y cuando uno de ellos pide ver la *Venus de Milo*, un guardia le responde con insolencia: “No está visible hoy”. El palacio resistirá una vez más cuando los comuneros incendian las Tullerías, símbolo del imperio, el 24 de marzo de 1871, gracias al increíble coraje de una compañía de soldados de Versalles.

El Louvre afrontará aún más tropiezos a consecuencia de las obras que alberga: la tiara de oro del rey escita Saitafernes, adquirida por una suma colosal y que se revela como una falsificación; la célebre *Gioconda*, robada en 1911 por un vidriero italiano que la conserva durante dos años en una valija que guarda bajo su cama; los traslados sucesivos de cuadros a las provincias durante las dos guerras mundiales; las salas vacías transformadas por los nazis en 1940 en centro de clasificación de las obras de arte expropiadas a los judíos... Ya convertido en museo, embellecido desde 1989 por la pirámide de vidrio y aluminio diseñada por Pei,

el Louvre no podría quedar reducido a un papel de lugar de tesoros. Sus salas no fueron concebidas para la acumulación de cuadros. Cada una de ellas es tan valiosa como las obras que encierra, es una obra de arte en sí misma y sus paredes tienen muchísimas historias para contar.

